

EN LAS TARDES ROJAS DE VERANO, HAY UN GORRIÓN

de

Pepa Sarsa

“...A través de mí, visitarás la ciudad
del llanto, a través de mí, entrarás en el dolor eterno,
a través de mí, andarás entre las personas perdidas”
DANTE ALIGHIERI

EDIFICIO.- Aprovechando que aún no ha amanecido y la escalera está en silencio, voy a presentarme a Vds.: Soy el inmueble número 32 situado en la calle de un barrio que fue elegante y burgués, pero que ahora ha perdido mucho de su antiguo estatus. No puedo darles más pormenores porque lo prohíbe la ley de protección de datos, y eso que algunos edificios de esta calle se construyeron a principios del siglo XX, es decir, que hemos tenido tiempo de conocernos entre nosotros y, sobre todo, a los distintos propietarios que han ocupado los pisos. Yo fui construido en 1901 y, aunque soy el más bajo de todas las edificaciones de la zona, solo tengo tres plantas y dos locales ahora vacíos, sí ostento en mi fachada algunos ornamentos que dicen pertenecen al Modernismo y que deben de ser meritorios porque pocos viandantes pasan sin mirarlos con gusto. Les decía que tengo tres plantas, y en cada una de ellas, dos puertas que conducen a sendos pisos de bastantes metros, ya no recuerdo cuántos, pero sí que hoy día parecen ser extraordinarios, pues quienes los ven por dentro se maravillan de la amplitud de sus habitaciones y altos techos. Como se imaginarán, en más de cien años de existencia, en mis paredes han ocurrido muchas cosas, buenas y malas, vidas truncadas por motivos diferentes y personas que disfrutaron del éxito para luego caer en un inesperado olvido. No quiero mirar atrás, porque en cierta época, hace mucho tiempo, hubo propietarios que abusaron de su poder

durante décadas, impunemente. Me avergüenza haber alojado entre mis muros a esos seres... Por cierto, algo ha debido de pasar porque han entrado hace algunos minutos unos hombres muy serios. ¡Ah, se me olvidaba! Aquí vivió un autor de teatro que, después de la guerra civil, pasó en la cárcel varios años, prisión inmensa que estaba al otro lado de esta calle, camiones que entraban y salían, mujeres en la acera esperando, en fin, malos tiempos que, afortunadamente, ya se fueron. Pues bien, ese autor, a pesar de tener delante de su ventana esa presencia que le traía memorias angustiosas, consiguió un gran reconocimiento con sus obras. Justicia poética, creo que se llama. Un momento, parece que salen ya de casa de Emilia, guardaré silencio.

Primer día después del fallecimiento.

Por la mañana.

1

Emilia está en el salón de su casa decorado con una miscelánea de muebles de varias épocas y muy usados. Desde allí sale un pequeño pasillo que conduce a la derecha a su dormitorio, a la izquierda a la cocina y, al fondo, el dormitorio principal que era el de Madre. Un escueto baño está colindando con éste. En todo el

piso flota un ligero olor a medicamentos largamente almacenados.

Emilia va desarreglada y con muestras de un cansancio de meses. En un viejo sillón de orejas, próximo a la ventana, está Madre, muy pálida; la luz que se filtra por los cristales y la bata blanca que le cubre, acentúan su aspecto fantasmal, apenas se mueve, observa. Cuando abandone el sillón y se desplace por el piso o aledaños, un sonido flotante (sugeriría un estilo a la composición de Max Richter “Dream Before the wind blows it all away” Pt1) sonará de fondo para realzar el carácter espectral e invisible de Madre.

EMILIA.- Ya está, ya ha ocurrido... No volverá más. El aire del cuarto, apenado, no se atreve ni a rozar el ataúd y, al cerrar la puerta, el dormitorio entero se asusta al recibir el sol. Ya está, ya ha ocurrido... No la veré más.

Alguien baja la escalera, arrastra un poco los pies, se detiene ante mi puerta, llama con urgencia. No tengo ganas de abrir, sin embargo, respondo.

EMILIA.- Doña Virtudes...

VIRTUDES.- Siento mucho lo de tu madre. Siempre se van los mejores, es ley de vida. Te vas a sentir muy sola y me gustaría que...

¿Cómo se ha enterado de lo de mi madre? Si se la acaban de llevar... Miro a la anciana como si le estuviera escuchando, pero su voz se me pierde al salir de la garganta, aletea hacia la claraboya del techo y ahí se queda, posada en el cristal color ámbar.

VIRTUDES.- ¿Qué te parece mi oferta?

EMILIA.- Perdón, me he distraído, ¿me decía...?

VIRTUDES.- Sigues igual que cuando eras cría, ¡siempre estás en las nubes!

EMILIA.- Disculpe... lo de mi madre me ha dejado muy\

VIRTUDES.- Por eso mismo te decía que el duelo es un período triste, tanto que hay personas que necesitan ayuda psicológica, no te digo más... Te tengo mucho afecto y no quiero que lo pases mal. Me gustaría ayudarte en estos momentos, estoy ya mayor y una compañía...

Virtudes ojea el interior del piso, como si quisiera comprobar cuánto ha cambiado desde la última vez que entró. Retuerce la cabeza en una contorsión inverosímil.

VIRTUDES.- Nosotras las solteras, más que nadie, debemos cuidar las formas, no hay que dar lugar a habladurías que nunca son buenas.

EMILIA.- Durante años mi única ocupación ha sido mi madre.

VIRTUDES.- Naturalmente, era tu deber, has sido una buena hija. Créeme si te digo que todo el tiempo de su enfermedad he pensado mucho en ti... siempre has sido tan cohibida, aunque buenas razones tenías.... En fin, me marchó, no quiero molestarte en estos momentos, ya me dirás qué opinas de mi oferta. Mira, aquí viene Ramón.

Virtudes sube los peldaños con sus zapatillas de franela. Repasa la barandilla con el dedo comprobando si está limpia.

RAMÓN.- ¿Cómo estás Emilia?... Mal, supongo, una enfermedad tan larga desgasta a cualquiera... Siento venir en estos momentos, pero, ya sabes, no tengo más remedio, si tú me lo permites, voy a

pasar un momento.

EMILIA.- Claro, casero, pase.

Cuando Madre advierte que Ramón se adentra por el pasillo, le sigue por el interior del piso como si quisiera controlar sus acciones. El casero abre y cierra puertas, armarios, manosea ventanas, golpea las baldosas del baño, comprueba los radiadores, etc.

Un estruendo metálico se oye al fondo del pasillo y un grito por parte de Ramón con acompañamiento de juramento.

Ramón vuelve cojeando y se detiene en el salón. Madre, regresa y, muy sonriente, se sienta en su sillón.

RAMÓN.- ¿Pero a quién se le ocurre guardar tantos cubiertos en el cajón?... ¡Casi me desgracio!... En fin...Curioso, después de cuarenta años pensé que necesitaría alguna reparación, no sé... cambiar ventanas o alguna baldosa. La verdad es que está mucho mejor que el mío... tiene más luz, vistas a la calle... ¡y se me había olvidado lo amplio que es!

EMILIA.- Creo que es igual que el tuyo, ¿no?

RAMÓN.- Pues nada, lo dicho, siento lo de tu madre, tenía sus cosas, pero, ya sabes, resignación. ¡Y quita del cajón tantos cuchillos!

Y se va dejando un olor a humedad, a sumidero... Mamá decía que tenía una vieja bañera llena de bichos nadando. Tengo que aprender a vivir sola, volver a mi antiguo trabajo, tengo que seguir.

Segundo día.

Por la tarde

EDIFICIO.- Ya saben cómo es mi fachada, ahora les contaré cómo soy por dentro; quiero decir, puesto que la mayor parte de esta historia sucede en la escalera, les voy a detallar mi interior. Aunque, ya les avanzo, no es nada extraordinario; escalera y plantas son como las de cualquier comunidad de vecinos de clase media... venida a menos.

Sin embargo, la puerta de la calle sigue siendo preciosa, al igual que mi fachada, estilo modernista, madera de roble decorada con incrustaciones de cobre. Lógicamente abre a una entrada o hall que, cuando la pise alguno de los personajes, describiré con más pormenores.

Y el lujo decorativo termina en la escalera comunitaria; de madera y con los peldaños desgastados por el uso, no haría ascos a una buena mano de

pintura. Emilia está en el rellano de la segunda planta donde, a ambos lados, se alojan dos puertas, una pertenece al piso de Ramón y la otra al de ella, ambas practicables. Subamos dos tramos más de escalera y estaremos en la tercera planta, cuyo rellano, gemelo al de las otras, muestra los domicilios respectivos de Zaldívar y Virtudes, sus puertas también son practicables. En uno de esos peldaños, el viejo coronel acostumbra a refugiarse en sus delirios. Y si descendemos por la vieja escalera de madera, llegaremos al primer piso con otras dos puertas

que alojan a la izquierda a Sofía y Marcos, su pareja, y a la derecha a Viky, muchacha que acaba de incorporarse a la lista de propietarios a pesar de su aspecto poco convencional. En este momento Emilia está cerrando la puerta de su piso. Lleva una bolsa. El viejo coronel Zaldívar, en pijama, le observa sentado en su peldaño.

CORONEL ZALDÍVAR.- ¡Hola!

EMILIA.- Buenas tardes, coronel ¿no está incómodo en ese escalón tan desgastado?

C. ZALDÍVAR.- Todos los días me pongo aquí. ¿Dónde vas con esa bolsa?

EMILIA.- A la parroquia, voy a regalar esta ropa de mi madre.

C. ZALDÍVAR.- No salgas, el mundo está lleno de indeseables. Lo ocupan todo, las aceras, las ventanas, los portales, hasta las alcantarillas rebosan negruras. En las tardes de verano inventan bellaquerías.

EMILIA.- Va a coger frío, vuelva a su piso.

C. ZALDÍVAR.- Me acuerdo de un abrigo de leopardo que tenía ella... me gustaba mucho. ¿No lo irás a regalar? Porque lo quiero para mí.

EMILIA.- Vamos, levántese.

C. ZALDÍVAR.- Debía de ser muy calentito, últimamente paso frío.

EMILIA.- Claro, es que aquí hay mucha corriente.

C. ZALDÍVAR.- No salgas, estás en peligro otra vez.

EMILIA.- No le entiendo, ¿por qué lo dice?

C. ZALDÍVAR.- Ve a tu nido y quédate ahí hasta que te crezcan las alas y puedas volar.

EMILIA.- Vamos, apóyese en mí que le ayudo a subir ¿dónde está Arsenio, su cuidador?

C. ZALDÍVAR.- No te olvides de darme el abrigo que me están

saliendo sabañones.

EMILIA.- Llame al timbre, seguro que ya tiene la merienda preparada. Y no se rasque.

Zaldívar, apoyándose en Emilia, sube el resto de peldaños, después se detiene ante su puerta, llama con los nudillos, ésta se abre y el coronel penetra. Emilia desciende hasta llegar a la entrada del edificio.

EDIFICIO.- *Ahora que mi querida Emilia pisa el hall, lo describiré someramente. El techo soporta una cornisa con varios rostros de mujer como detalle decorativo, caprichos del Modernismo. El suelo es un damero blanco y negro, cuatro apliques de bronce cuelgan de las paredes y, en una esquina, descansan unos viejos buzones dorados para la correspondencia; enfrente, una pequeña puerta guarda el contenedor de basura comunitario. Emilia ha comprobado que su buzón está vacío y va a abrir el portal cuando se cruza con alguien que entra, les dejo.*

VIKI.- ¿Eres la inquilina?

EMILIA.- ¿Qué?

VIKI.- Soy Viki, del primero

EMILIA.- Perdona ¿quién?

VIKI.- No he podido ir al entierro de tu madre esta mañana, disculpa, pero quería hablar contigo.

EMILIA.- Ah, ¿y eso?

VIKI.- Tienes mala cara... es normal

(Silencio)

EMILIA.- Estoy bien. ¿Y qué me querías decir?

VIKI.- Voy a necesitar a alguien que me ayude en mi estudio de Yoga ¿te interesaría?

(Silencio)

EMILIA.- Y a mí ¿por qué crees que me puede interesar?

VIKI.- Dicen que tu situación no es muy buena...

(Silencio)

EMILIA.- ¿A qué te refieres?

VIKI.- Bueno, que no tienes trabajo.

EMILIA.- Soy traductora de italiano que es una ocupación bastante digna y, además, doy clases particulares. Y ahora si me disculpas...

Emilia va salir a la calle.

(Silencio)

VIKI.- ¡Y también que dejas el piso!

EMILIA.- ¿Cómo?

VIKI.- Es lo que he oído.

EMILIA.- ¿Dónde?

VIKI.- No sé, en la reunión de vecinos, creo. ¿Qué pasa?

EMILIA.- ¡¡Pues que no es verdad!!

VIKI.- Te veo bastante agobiada, entonces ¿no te vas?

EMILIA.- ¿Es que quieres alquilar tú mi casa?

VIKI.- ¿Yo? Qué va, ya tengo la mía... Te he ofrecido lo del estudio por echarte una mano.

EMILIA.- ¿Quién ha dicho eso?

VIKI.- ¿El qué?

EMILIA.- Lo de que me iba.

VIKI.- No recuerdo, también debió de ser en la reunión... todos hablaban a la vez.

EMILIA.- ¿Cómo puede ser que no te acuerdes, no sois tantos!
¡Esfuérzate un poco!

VIKI.- Vale, tía, no te rayes... Mira, acércate cuando abra el estudio, te irá bien un poco de meditación.

EMILIA.- Y te agradecería que no me dieras consejos.

VIKI.- Ok, pero el gurú con el que estudié la técnica Lyengar me enseñó las claves para librarnos del estrés, la ansiedad, incluso el asma. He visto cambios alucinantes en personas muy alteradas. Creo

que a ti te sanaría. Y está comprobado que buscar piso siempre crea agitación.

EMILIA.- ¡Oye, entérate, yo nací en este edificio, mis primeros pasos los di en el pasillo de mi casa, toda yo estoy entre sus paredes ¿entiendes? ¡¡Y no me voy a ir !!

VIKI.- Flipo, tía, paso de ti.

Viki se dirige hacia la escalera y Emilia, molesta, abre la puerta de la calle.

3

Última hora de la tarde.

Emilia, a su vuelta de la parroquia, impaciente, llama a la puerta de Ramón que tarda en abrir. Madre abandona su sillón y se acerca para oír la conversación.

EMILIA.- Oye ¿quién ha dicho que voy a dejar el piso?

RAMÓN.- La gente habla sin saber.

EMILIA.- La chica de Yoga me ha dicho esta tarde...

RAMÓN.- No le hagas caso, es medio rara... Aunque tengo que decirte que en la junta sí se habló de ti. ¿Fumas?

EMILIA.- Ya sabes que no.

RAMÓN.- Pues entonces ¿quién tira a la calle colillas encendidas desde tu ventana? ¿El nuevo ése al que das clases?

EMILIA.- Lo dudo, no se aparta de la mesa del salón, además tiene once años.

RAMÓN.- Esto es importante: Esta tarde la perrita de doña Virtudes ha abierto una bolsa de basura tuya y se ha envenenado con algo que había dentro, por lo visto la has dejado en el rellano, medio abierta. A punto ha estado de morirse, la ha llevado corriendo al veterinario

y menos mal que se ha podido salvar... Está muy molesta contigo.

EMILIA.- Pero si yo aún no he sacado la basura...

RAMÓN.- Mira, si no quieres que la cosa vaya a más, discúlpate con ella, es tu antigua maestra y te tiene cariño, te perdonará. Como sigan protestando por tu causa... los propietarios tienen derecho de veto, ya sabes.

EMILIA.- De verdad, no entiendo nada.

RAMÓN.- Anda, sube y habla con doña Virtudes.

Ramón me pone el brazo en el hombro y cómplice, me guiña un ojo. Miro sus manos, todavía poderosas. No sé por qué siento algo oscuro en este contacto, su piel viscosa contra mi piel... Y ahora tengo que ir a disculparme por algo que no he hecho.

Madre sigue a Emilia que se arma de valor y tímidamente llama a la puerta.